

A LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS:

La lengua y la filosofía (*)

Correspondiendo a la Academia Nacional de Letras por la designación con que nos ha honrado, revalidamos aquí – en expresión fragmentaria – algunas de las reflexiones que nos motivara, años atrás, la relación entre los conceptos de lengua y filosofía.

Para el lenguaje científico, la lengua es un factor secundario, y lo es tanto más cuanto más dicho lenguaje cumple su desiderátum de concepción y formulación matemática. Para el lenguaje filosófico, en cambio, la lengua es un factor primario; y lo es tanto más cuanto más dicho lenguaje cumple su desiderátum de aprehensión y comunicación directa de lo real y lo ideal. Todo lenguaje es simbólico, pero mientras el científico progresa en la misma línea del simbolismo, matemático o no, el filosófico progresa en la dirección contraria por la lucha del pensamiento contra la tiranía de los símbolos. De ahí la significación que para el lenguaje filosófico ha tenido siempre el lenguaje de la conciencia natural; de ahí, también, la significación que para el lenguaje filosófico tiene la lengua, concreción vital, animada, histórica, del lenguaje como forma abstracta y genérica de la expresión verbal.

Los griegos, fundadores de la filosofía, fueron también, naturalmente, los fundadores de su lenguaje, y lo hicieron promoviendo a la dignidad de lengua filosófica su propio idioma nativo. No contaron para ello con modelo ni antecedente. El pensamiento helénico, en cuanto pensamiento, recibió desde sus orígenes, dispersas influencias de otras culturas, pero su lengua, en cuanto filosófica, debió hacerse por sí misma. Durante siglos ostentó solitaria esa condición no planteándose entonces los intermina-

(*) Habiéndole conferido la Academia Nacional de Letras el nombramiento de Académico de Honor al Dr. Arturo Ardao y habiendo éste aceptado la merecida distinción, se pensó en organizar un acto en el Paraninfo de la Universidad de la República en su homenaje. Sería presentado, como es habitual, por un académico que pronunciaría un discurso laudatorio, se le entregaría el diploma, la medalla y la insignia de la Academia, y se esperaba oír sus palabras. Pero la emoción esperable de tal ceremonia motivó que el homenajeado renunciara a esa presentación en acto público, razón por la cual envié a la Academia la presente nota, fechada en junio de 2003, en reconocimiento al honor que se le confiara.

bles problemas que vendrían después, de la recepción de textos filosóficos ajenos a la trasmisión de los propios, en el comercio sistemático de unas lenguas con otras. Fue así hasta el tránsito de la era precristiana a la cristiana en que se produce, de Lucrecio a Séneca, el advenimiento del latín como lengua filosófica.

El latín, llamado a ser durante casi dos mil años la lengua por excelencia de la filosofía en el mundo occidental, se movió, desde el comienzo, en un juego de relaciones históricas muy diferente del que correspondió al griego. Esas relaciones se ordenaron en tres grandes etapas. En una primera, de elevación, el latín mantiene relaciones de ascendencia con el griego; en una segunda, de apogeo, relaciones de colateralidad con el hebreo y el árabe; en una tercera, de declinación, relaciones de descendencia con los idiomas nacionales del Occidente moderno. Relaciones de ascendencia, colateralidad y descendencia, no, claro está, del punto de vista genético lingüístico, sino del punto de vista del desenvolvimiento histórico de la filosofía.

La primera etapa del latín como lengua filosófica, en coexistencia con el griego, se extiende desde el siglo II antes de Cristo, cuando el heleno Panecio introduce en Roma el cultivo de la filosofía, hasta el siglo VI después de Cristo, cuando en el 529 Justiniano clausuró la última escuela de Atenas, prohibiendo enseñar en lo sucesivo la filosofía en la ciudad de Sócrates. O sea, desde que Roma se abre hasta que Atenas se cierra para la filosofía. En el umbral de la Edad Media, después de un milenio de vigencia y a cabo de una prolongada agonía, el griego pasa a ser la gran lengua muerta de la filosofía occidental. Había trasfundido su sangre al latín, cuya creciente hegemonía filosófica queda entonces definitivamente consagrada en el seno del pensamiento cristiano.

La segunda etapa del latín como lengua filosófica se extiende desde el siglo VI, en que queda dueño de la escena, hasta los siglos XVII y XVIII, en que debe cederla a su vez. Conoce su punto más alto en el siglo XIII. Y este siglo es, al mismo tiempo, aquel en que culminan sus relaciones con otros dos idiomas, el hebreo y el árabe, igualmente descendientes históricos del griego, desde el punto de vista en que aquí los consideramos. Por extraños que, lo mismo que el latín, sean lingüísticamente al griego, descienden, sin embargo de él lo mismo también que él latín, en cuanto lenguas filosóficas. Es lateralmente al latín que se constituyen como tales, por su cuenta, a partir de los textos griegos, desde el foco alejandrino. La coexistencia no obstó a la incontrastable hegemonía de aquél en la línea de la occidental, solidaria de la primacía del cristianismo sobre el judaísmo y el mahometismo, en la misma línea. Curioso es que el latín conozca su mayor vitalidad como lengua filosófica, precisamente

después de morir como lengua vulgar en los comienzos del medioevo. Muerto desde entonces como lengua del pueblo, muere recién como lengua filosófica un milenio más tarde, en plena época moderna.

Empieza entonces su tercera etapa. El latín, gran lengua viva de la filosofía medieval y renacentista, se convierte, a partir de los siglos XVII y XVIII en la segunda gran lengua muerta de la filosofía occidental. No lo fue sin pasar por un período, precisamente durante los siglos mencionados, de coexistencia vital con aquellos idiomas, que, en cuanto filosóficos, descienden de él: francés, inglés, alemán, italiano, español, para no citar sino los principales. Desde entonces, son éstos los que cuentan como lenguas filosóficas vivas.

En sus primeros quinientos años, la filosofía se movió dentro del monismo lingüístico inicial del griego. Al cabo de un largo proceso, en el que el latín llegó a ser también, en los comienzos de la modernidad, la única lengua viva de la comunidad filosófica occidental, se ha desembocado en un pluralismo que no hace sino ensancharse. Se trata de un hecho grávido de consecuencias. No se ha destacado bastante lo que significó como revolución mental, no ya lingüística, el tránsito del latín a las lenguas nacionales en el campo de la filosofía. Durante un milenio utilizó ésta, como lengua viva para ella, la que era una lengua muerta para el pueblo, y para los filósofos mismos en cuanto integrantes del pueblo; con el condicionamiento adicional, todavía, de que era esa la lengua eclesiástica. Por otro lado, la conversión de las lenguas vulgares en lenguas filosóficas, suscita múltiples problemas, tanto bajo el ángulo de sus relaciones con las lenguas muertas, como bajo el de sus relaciones entre sí. Tanto más complejos estos últimos, cuanto que a la creciente promoción filosófica de las lenguas occidentales se añade a la de las otras comunidades en esta era de acelerada interpretación de las culturas.